

## Papá – Recuerdo de Antonio Abad

---

GÉMINO H. ABAD

UNIVERSIDAD DE FILIPINAS, DILIMAN

(Traducción de Daisy López)

1

La memoria no tiene principio ni fin... sólo un término medio vago. A la memoria le gusta la soledad, de donde brota como momentos fragmentarios de los días más destacados. Su suave resplandor es como el del crepúsculo, cuando el sol se despide del día. Oh... pero el pasado nunca muere; sigue palpitando, con un latir del presente.

Papá está sentado en su sofá favorito. Está fumando un cigarro que Mamá ha liado con una hoja de tabaco. Está pensando. Es un hombre de grandes silencios. Nadie lo ve más que yo. Y estoy pensando: su amor por Mamá y por nosotros, sus hijos, es lo que crea nuestro espacio. Ahora se nos ha ido y su viuda de muchos años también se ha ido a unirse con él. ¿Qué nos han dejado a mis hermanos y a mí? No la herencia de la riqueza, no la fama de un nombre en la memoria de nuestro pueblo. Sólo el honor... y tal vez nos esforzaríamos por mantenerlo a través de nuestro trabajo honrado.

Habiendo terminado su cigarro, Papá va a su biblioteca en nuestra pequeña casa, la número T-1004, en el campus de la Universidad de Filipinas en Dilimán. El teclado de su máquina de escribir Underwood llena el aire. Puede ser su última novela, *La vida secreta de Daniel Espeña*. El día transcurre como la mayoría de todos los demás días, con un gran silencio en medio de las tareas hogareñas de mamá y las preocupaciones financieras sobre “cómo llegar al fin de mes”.

El quince de noviembre de 1940—fecha del nacimiento de mi hermano Tony tres años antes, y también el día de los Premios Literarios de la Commonwealth. Por entonces, yo tenía sólo un poco más de un año. Mamá recuerda ese día con lágrimas en los ojos. Primero, llaman el nombre de Papá como co-ganador, junto con otros tres más, por su colección de ensayos, "De la hora transeúnte." ¡Cómo fueron los aplausos!, recuerda Mamá; ¡qué música más dulce para la joven esposa! Después, llaman de nuevo a Papá para que suba al escenario a recibir el máximo galardón por su obra de teatro, "Dagohoy." ¡Oh, qué

gran honor, el aplauso se hace más fuerte! La esposa joven se estremece de alegría. Y luego aún, una vez más, ¡Papá y su novela, "El Campeón"! ¡Oh, qué estruendo el de su triunfo! Papá ha debido de dar unos pasos largos por el pasillo y correr hacia el escenario. Mamá está toda llorosa como una niña abrumada por un excesivo e inesperado regalo.

En los veinte años de su viudez, ¿acaso de cuando en cuando oiga mamá esa aclamación como un rumor de un trueno lejano? Pero no sigue ningún relámpago, sólo una gran nube silenciosa sobre un paisaje sin árboles. El español ya se nos ha perdido, apenas hay alguien que escribe en la lengua ahora, tiene muy pocos lectores. Nos hemos perdido mucho de nuestra historia y cultura.

## 2

Recuerdo los últimos años de papá. Me escribió una sola vez en 1970, mi último año en la Universidad de Chicago, donde estaba preparándome para la defensa de un poeta en inglés (!), Wallace Stevens, al que había escogido para mi disertación. Papá quería *Language* de Bloomfield. Ya estaba agotado, pero *Kroch's & Brentano's* encontró la manera de rastrear algún ejemplar. Era mi último regalo para Papá. Mi hermano Tony se opuso a que me informaran acerca de la muerte de Papá. ¿Para qué serviría? Hay tiempo para todo, dice el Eclesiastés, y ¿no arruinaría mi defensa este tipo de noticias? Y así, después de la defensa, ignorante de lo acontecido, fui a celebrar con mis amigos en *Jimmy's*, el bullicioso lugar donde los estudiantes solían reunirse a tomar cerveza fuera del recinto académico.

Durante todos esos cinco años que estudié en la U de C, Papá estaba muy metido en su Diccionario multilingüe: Español/Inglés/Cebuano/Ilocano/Kapangpangan. No tenía apoyo financiero de la universidad ni de ninguna otra fuente. Recuerdo que su pago de jubilación de GSIS, después de meses de seguimiento por parte de mamá, ascendía sólo a unos pocos miles de pesos. Llegó un día cuando Papá ya no podía conectar la palabra a la cosa ni la cosa a la palabra. Se quedaba mirando ferozmente hacia el espacio, los dedos de una mano abriéndose, luego cerrándose en el aire con ademán de agarrar en su mundo la palabra para decirla. ¡Qué tormento de espíritu para un escritor! Tenía que enfrentarse a un silencio donde las palabras no podían penetrar.

El Padre Ben Villote, que entonces se encargaba de la comunidad católica de la universidad, vino a cenar un domingo con la familia, porque así era la costumbre entonces. Todos los domingos, nuestro párroco almorzaba o cenaba con una familia a quien le

tocaba. --¿Cómo está, Profesor Abad? El Padre Ben le preguntaba y Papá respondía con toda naturalidad--Esperando la llamada de Dios, Padre. Y así pasaron los días. Papá se sentaba tranquilamente bajo un árbol de guayaba en el jardín de mi hermano, u observaba a Rica, la hija de mi hermano, mientras jugaba en su cuna, al sol por la mañana temprano.

Papá nunca terminó su diccionario. Creo que Papá sabía, desde el principio de su vida, qué era su trabajo y permaneció fiel hasta su último aliento. En su juventud, se había perdido a la gangrena todo el brazo izquierdo tras un accidente de bicicleta y no pudo, por consiguiente, bajo las reglas vigentes entonces, entrar para ser sacerdote, como su hermano mayor, José. Era un hombre de grandes silencios, y parte de ese silencio debe de haber sido un profundo sentido de compromiso a hacer el trabajo al que estaba llamado a desempeñar.

Sí, *llamado*, porque ese es el significado del trabajo, o lo que antes se llamaba una *vocación*. Somos llamados por una Fuerza superior o desconocido en el universo para dar fruto antes de llegar al final de nuestro viaje. Para Papá, el trabajo honrado de una persona es el punto más alto de su honor. Ah... y no simplemente el trabajo, sino el trabajo de vida, que le lleva de día en día a la plenitud, tanto que si, al final de su vida, está sin terminar, es no obstante un trabajo gloriosamente terminado! ¿Qué mayor bendición podría haber? A fin de cuentas, la vida se habrá vivido en una alegría secreta de espíritu.

Esto es lo que tal vez yo haya aprendido de Papá, aunque no tan profundamente vivido como lo había vivido él.